

En la época de transición que Venezuela transita repercute, inevitablemente, la vorágine de cambios que dominan al mundo. Ella conlleva graves crisis de los valores e instituciones que hasta ayer nos regían, las miserias físicas y psicológicas que produce el desempleo creciente, tragedias como las del 11 de septiembre de 2001, con consecuencias políticas y económicas que los gobernantes no saben cómo resolver.

La anterior transición comenzó después de la muerte del General Juan Vicente Gómez (1935). Las cuatro décadas de la democracia aportaron cambios graduales con recursos suficientes para sostenerlos. Entonces Venezuela se moderniza. Ciencia y tecnología aportan equipos que facilitan la vida de la población y las tareas del ama de casa lo que les permite ingresar al mercado de trabajo. También a las jóvenes. Las mujeres se capacitan. Toman espacios en oficinas públicas, empresas de todo tipo, en la educación básica que se democratiza y en las universidades, no sólo como alumnas, también como académicas donde crean Centros de Estudios de las Mujeres. Percibir una remuneración aumenta su autoestima

y disminuye su dependencia. Sin embargo, sus ingresos son destinados al consumo y no al ahorro que sería prioritario para las familias y la nación. Se abandona el fogón, la estética tradicional del mobiliario artesanal, de la madera se pasa al plástico, etc.. Se gasta demasiado en cosméticos, en belleza, porque ser deseable es una exigencia del empleo.

No por trabajar fuera del hogar, las mujeres abandonan su rol de matriarcas. Sin ellas, ni se levantarían y educarían los hijos, ni existiría la familia atípica que nos caracteriza. En efecto, el Estado no se preocupa de lo social, los varones de todos los medios se ocupan de su profesión u oficio, gastan su salario en beneficio personal, persiguen la obtención de poder o notoriedad en la política o el sindicato, donde reinan. Se crean nuevos métodos anticonceptivos (en el 2000, la píldora cumplió cuatro décadas en el mercado) lo que permite mayor dominio sobre la sexualidad: en Venezuela, como en otros países del Tercer Mundo, en treinta años la natalidad desciende 50% casi por la sola voluntad de las mujeres al ser los programas ad-hoc mínimos o inexistentes.

Desde la década de los 80, con el liderazgo de mujeres, la sociedad civil comienza a organizarse. Primero crea asociaciones de vecinos y, de inmediato, multitud de otras organizaciones no gubernamentales (ONGs) para luchar por los derechos políticos y civiles.

En el Congreso de la República, los varones, casi el 90%, después de redactar una nueva Constitución Nacional (1961), progresan en la organización de partidos políticos que fortalecen las instituciones democráticas. En la Comisión Bicameral para los Derechos de las Mujeres, las pocas legisladoras coordinan sus luchas sin distinciones de ideologías y con el firme apoyo del movimiento amplio de mujeres, logran hacer aprobar leyes que favorecen a las mujeres y a la niñez: comienzan con la reforma del Código Civil, siguen con la ley del Trabajo, de Igualdad de Oportunidades, sobre la Violencia contra la mujer y la familia, etcétera. Esta última incluye la creación del Instituto Nacional de la Mujer y su Defensoría de los Derechos de la Mujer.

Sin embargo, aun hoy día ya en el siglo XXI, una proporción significativa de mujeres y niños, vive inmersa en un nivel de exclusión y violencia intrafamiliar que nadie hubiera podido sospechar. No existen estructuras que apoyen sus denuncias de agresiones que son desestimadas por el juez en beneficio de cualquier otro delito menor.

¿Nunca mejor que ahora?

Algunas voceras del actual gobierno afirman que las mujeres nunca han estado mejor que ahora. Ignoramos en qué fundamentan esta afirmación. Aunque haya un número mayor de mujeres que ocupan altos cargos, ellas no gozan, ni de la autonomía, ni de los recursos para hacer avanzar la causa de las mujeres. Disponer de "la mejor Constitución (1999) del mundo" no supone ventajas si la legislación no se cumple, si no se crean y mantienen estructuras y servicios para atacar las carencias sociales.

Desde 1999, se debilitó el dinámico movimiento amplio de mujeres. Ello debido al caos generalizado impuesto por el Presidente, por su hostilidad hacia las ONGs, a la mayoría de las cuales suspendió subsidios, y porque la crisis económica obliga a la población a dar prioridad a sus necesidades básicas.

El individuo pasivo, temeroso ante la agresión y la anarquía reinante, toma conciencia, participa, afronta sus responsabilidades de ciudadano. Porque, desde el 2001, sabe que a la nación no le sirve una "revolución" que no respeta los derechos de la mayoría, que no trabaja para resolver los problemas que la acorralan. Ahora existe un tejido de articulación social, aún incipiente, pero que se amplía y fortalece constantemente. Entre los grupos protagonistas de expresiones de protesta, como la marcha del 23 de enero de 2002, se encuentran antiguas y recientemente creadas asociaciones femeniles que rechazan la autocracia y el centralismo y asumen sus propios deberes y derechos para lograr una nueva transición hacia la democracia.

Las mujeres exigen el respeto de sus derechos, participar como ciudadanas, como productoras. Quieren avanzar en su capacitación para lo-

grar empleos, actividades productivas, que aseguren su independencia económica. Sólo así podrían deslustrarse de la subordinación, de la creciente violencia intrafamiliar, afrontar con éxito las tareas de mantener su hogar, criar y educar a sus hijos, cuidar su salud, etc. Protegiendo su economía y sus derechos sociales protegerán sus derechos políticos y civiles.

Aunque nadie puede progresar sin utilizar, al máximo, sus propias capacidades de trabajo, de responsabilidad, de creatividad, ningún sector que ha sufrido de exclusión se ha liberado de lo que le impide avanzar, como la cultura de la subordinación,

sin organizarse para luchar con planes realistas y específicos. Es esencial despertar y dinamizar las asociaciones, grupos y redes de la sociedad civil, las redes de derechos humanos. Recurrir a todos los recursos humanos, técnicos y organizativos para relanzar las luchas con inteligencia, visión de futuro, en forma coordinada y solidaria. El sector femenino de la sociedad civil cuenta con lideresas de alto nivel y capacidad para asumir la organización, orientación y capacitación de las mujeres y participar a todos los niveles, también el político, porque con pocas mujeres en la política cambian las mujeres y con

muchas mujeres, cambia la política.

Si hace sesenta años, las mujeres progresaron en medio de las limitaciones de aquella estática sociedad rural, a mayor razón las ciudadanas de hoy, más libres, más fuertes por más organizadas, lo lograrán en esta sociedad tan dinámica. También de ellas depende la construcción de una verdadera democracia que permita un futuro con mayor bienestar y justicia para ellas, sus hijos, y para toda Venezuela.

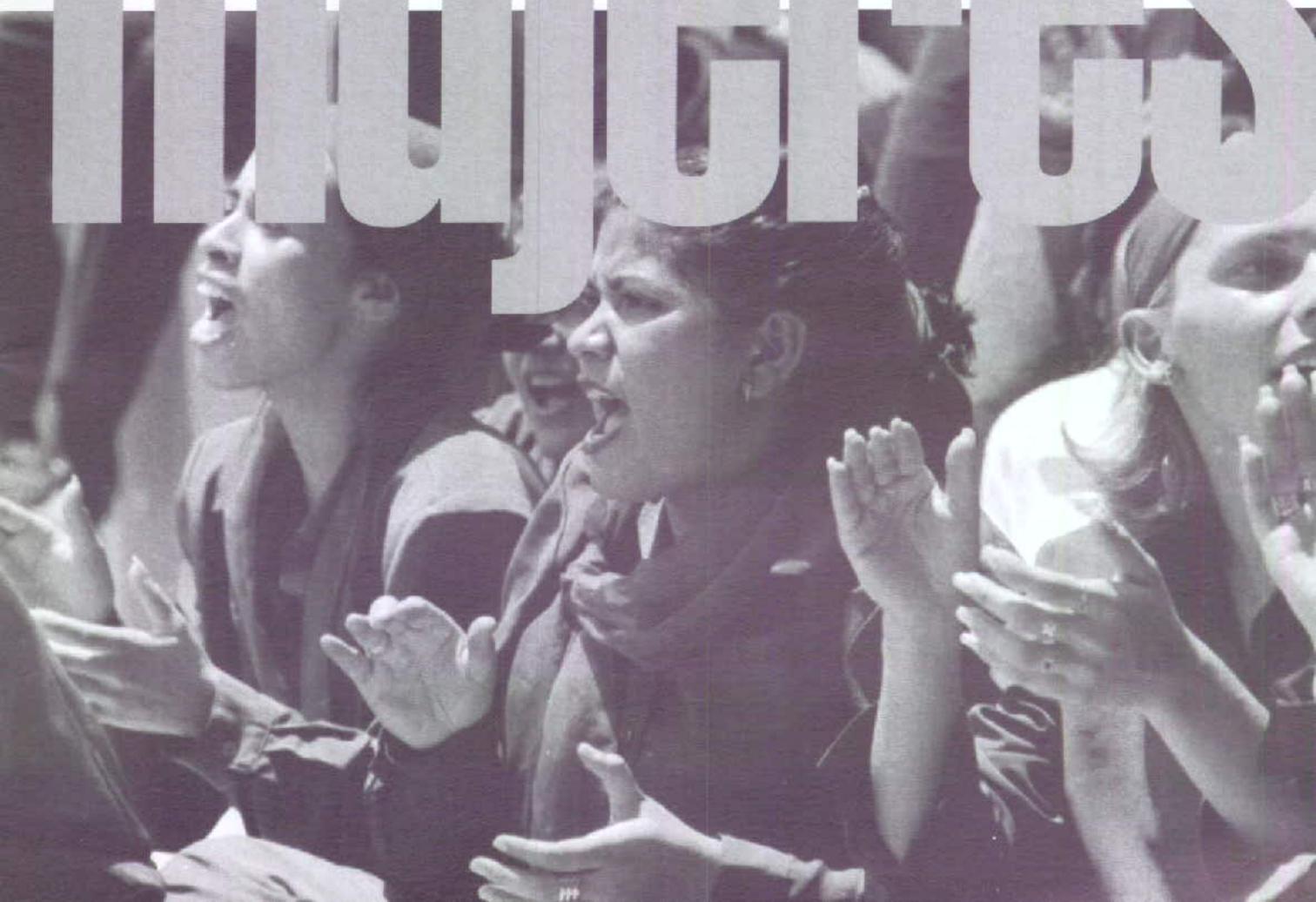
GLADYS PARENTELLI

TEÓLOGA.

LICENCIADA EN CIENCIAS DE LA INFORMACIÓN

Venezuela, época de transición

mujeres





Si algo mostraron los hechos del 11 de septiembre fue que en gran medida basamos nuestras expectativas y acciones en ciertas imágenes que tenemos y que han sido formadas por las representaciones que los medios producen de ciertas cosas. Todos presenciamos con estupor cómo el Pentágono, símbolo del poderío norteamericano, era impactado por un avión 11 minutos después de que otros dos aviones lo hacían en el World Trade Center. ¿Acaso las medidas de seguridad norteamericanas no garantizaban la impenetrabilidad de este país? Y si tal vez es mucho pedir que todo el país esté protegido, uno se imaginaría que al menos el Pentágono sí lo estaría. ¿Cuántos no hubieran imaginado que unos rayos láser harían desaparecer cualquier cosa que tan sólo se atreviera a acercarse al Ministerio de Defensa Norteamericano?

La imagen que el cine norteamericano mostró durante tantos años de su país fue tan efectiva que los espectadores comenzamos a confundir realidad con ficción y nos creímos que eso que veíamos en la pantalla era un

hecho. Pero el 11 de septiembre demostró que no era así.

Este es un evento que nos debe hacer pensar acerca de lo poderoso de las representaciones que los medios producen de las cosas. Si basamos nuestras expectativas y hasta nuestras actitudes hacia algo, centrándonos en lo que de ellos vemos, es necesario que los medios sean conscientes de esto y asuman su respectiva responsabilidad.

El caso del que deseo ocuparme aquí es el de la pobreza. Las novelas, los noticieros, los programas de concurso, los unitarios, el cine, los periódicos, por nombrar sólo algunos de los sistemas de mensajes que producen cierta imagen de la pobreza que en gran medida se convertirá en la imagen que algunos tengan de ella.

El primer asunto del que debemos ocuparnos es el de aclarar qué es exactamente una representación. Para que exista una representación debe haber, necesariamente, cuatro elementos: alguien que represente, algo que es representado, la representación en sí,